

L. Bonini

HISPANIA



SUMARIO

Portada, por L. Bonnin. — Meditación, por Gosé. — El baile de máscaras, por José J. Cadenas; ilustración de J. Guardiola. — El ex-príncipe de Gales con las insignias de Francmason (retrato). — SS. MM. británicas el rey Eduardo VII y la reina Alejandra (retrato). — El carnaval en Barcelona, por Luis Labarta. — D. Benito Pérez Galdós (retrato). — Jarra de bronce del siglo XV, por José Ramón Mérida. — Pierrette, por Carlos Vázquez. — Instituto Provincial de Logroño. D. Salvador Aragón. Grupo de la corte de amor, (fotografías). — Regeneración, poesía por Salvador Aragón. — El último baile, por J. Borri. — Suplemento: María Montes.



GOSE.—MEDITACIÓN

EL BAILE DE MÁSCARAS

I

Era un capricho de niña voluntariosa, pero de tal naturaleza, que ni ruegos, ni súplicas, ni regaños, ni nada, en fin, podía apartar de la linda cabecita de la joven aquel deseo tenaz. Quería ir al baile...

¡Un baile! Era para Laura algo así como el paraíso, un espectáculo encantador, nunca visto, apenas soñado... ¡Un baile! ¡Cuántas veces se había figurado ver aquel magnífico salón, apenas vislumbrado en las noches de ópera, convertido en vasta sala de baile!... ¡Oh! No había más remedio... Aunque solamente fuera para dar un vistazo al baile y salir... ¡No quería más!

Laura, huérfana desde los cinco años, educada por su anciana abuelita con el mimo y cuidado que es de suponer, jamás había tenido deseo que no fuera inmediatamente satisfecho, ni capricho que no viera cumplido.

La abuela, asustadísima al conocer la pretensión de su nieta, se esforzaba en convencerla, á fin de hacer que desechara aquella idea loca. Agotó en cien discursos cuantos razonamientos se la ocurrieron, primero suplicante, cariñosa, después poniéndose seria y últimamente negando á Laura el permiso que solicitaba, de la manera más rotunda y categórica.

Cuando Laura vió á su abuela incomodada seriamente, temiendo, sin duda, no ver satisfecho aquel loco capricho, sintió aún más vivos deseos de satisfacer su curiosidad, y desesperada lloró largas horas, se negó á salir de paseo, juró no probar bocado y hasta hizo el formal propósito de morirse... Lo de los chicos que para probar que tienen coraje se acuestan sin cenar...

Pero ya sabía ella lo que hacía. Conocía de sobra lo que aquella determinación iba á influir en el ánimo de la cándida abuela, y esperó pacientemente los acontecimientos.

Aquella mañana Laura no quiso almorzar... Al llegar la hora de la cena, negose en redondo á salir al comedor. Las diferentes veces que la abuela se acercó á la habitación de la niña, halló á ésta llorando á lágrima viva y dando muestra de la desesperación más grande...

¡Ver llorar á su nieta!... Era esto un suplicio para la anciana, una tortura angustiosa que no podía resistir, y convencida, por fin, de que ni amenazas, ni ruegos, ni súplicas, ni engaños, conseguirían otra cosa que exaltar

más aún aquel deseo manifestado por Laura, consintió... ¡Oh! Pero consintió después de imponer mil condiciones y no sin antes haber hecho prometer á Laura que sólo cinco minutos, cinco minutos nada más, había de permanecer en el Baile, sin separarse un solo momento de las dos doncellas de la casa que la acompañarían.

Laura, loca de alegría, prometió cuanto su abuela quiso, y desde aquel momento comenzó á buscar figurines y patrones para elegir el traje con el que había de disfrazarse.

Arduo problema era este y de resolución difícil, casi imposible. Laura hubiera querido lucir veinticinco ó treinta trajes que en los figurines que tenía ante su vista resultaban lindísimos. Pero era preciso decidirse y la pobre estaba sumida en una mar de confusiones, sin saber á qué figurín quedarse.

La abuela no consentía de ningún modo que el traje fuera llamativo ni descocado. Prefería un capuchón sencillo, y de colores oscuros, pero Laura se oponía tenazmente y, por fin, después de innumerables dudas y vacilaciones, adoptó el disfraz de *Colombina*.

II

Y *Colombina* entró en el salón en el momento en que el baile brillaba en todo su esplendor. La sala resplandecía de luces y colores; la multitud apiñábase en los pasillos; era materialmente imposible dar un paso por el salón ni por el foyer.

Pero Laura quería verlo todo, enterarse, curiosear, y á





fuerza de empujones, codazos y pisotones, logró por fin penetrar en el salón y contemplar á su gusto aquel magnífico espectáculo. Las risas, los murmullos, las disputas, las conversaciones, las bromas de las máscaras, todo aquello producía un rumor constante como de mar embravecido, impidiendo oír la orquesta, formada por cien instrumentos, que en uno de los extremos de la sala ejecutaba *galops* y *quadrilles* desenfrenados, locos...

Las criadas, cubiertas con sendos capuchones, no se separaban un punto de Laura, obedeciendo las categóricas y rígidas órdenes de la abuela, que había quedado intranquila esperando el regreso de su nieta y que contaba los minutos que habían de parecerla siglos.

La niña había visto ya un baile. Estaba satisfecho su deseo, cumplido su capricho, y la pareja de guardias de vista que llevaba al lado, la recordaba constantemente el ofrecimiento hecho á su abuela, invitando á Laura á abandonar el baile.

Muy contrariada y con disgusto grande, se dispuso, por fin, á acceder á aquellas indicaciones, y nuevamente comenzaron las tres máscaras á abrirse paso en aquel mar de carne humana. Hasta entonces no habían tenido que

lamentar encuentro alguno: solamente dos ó tres jóvenes, al pasar *Colombina* por su lado, habíanse permitido ligeras bromas, á las que la niña apenas prestó atención... Uno la preguntó por *Pierrot*, otro se ofreció á servirla de caballero, diciéndola que era *Arlequin*... vestido de *frac* y con bigotes á la *borgoñona*... Nada en suma... Bromas inofensivas, y hasta cierto punto inocentes...

Llegaban ya á la puerta de salida, cuando, de pronto, una disputa entre varias máscaras que querían pasar al salón y otras que se proponían salir al *foyer*, se tropezaron quizá sin intención, se pidieron explicaciones y, pasando de las palabras á los hechos, se propinaron algunos golpes. El barullo y la confusión fueron indescriptibles... La gente, asustada, retrocedió dejando un ancho espacio á las máscaras que reñían, y hubo tumbos, carreras, gritos y desmayos... Aquella avalancha de gente separó á Laura de su acompañamiento, y la niña se encontró otra vez en medio del salón, pero sola... Al principio no pensó que aquello pudiera tener nada de particular... Creía que sería facilísimo dar con los dos capuchones negros y esperó pacientemente á que se calmaran las gentes alborotadas por aquella disputa.

Pero desgraciadamente el conato de riña había servido para levantar los ánimos de los alegres, y desde aquel momento el Baile entró ya en el período de desenfreno que todos estos espectáculos tienen... Los más alborotadores se montaban en las barandillas de los palcos; otros subían desde el salón á los proscenios, apoyándose sobre dos ó tres amigos que los sostenían y agarrándose fuertemente á los aparatos de luz eléctrica, que casi siempre estropeaban y algunas veces rompían... Varios jóvenes alegres á las cuales el *champagne* barato se les había subido á la cabeza, daban bromas de mal gusto á los concurrentes y paseaban por el salón corriendo y saltando, dando chillidos y cantando los *couplets* de la última zarzuela... En un extremo del salón, un joven, completamente embriagado, pronuncia discursos de moralidad y buen sentido... Todos ríen, pero no importa: continúa *en sus trece*, improvisando períodos que él cree son grandilocuentes y que producen la hilaridad general... En otro lado una pareja se entrega á un bonito discreto amoroso...

Laura, solitaria en medio del baile, vé pasar á las más caras y se desvive buscando á las criadas que fueron con ella... Pero en vano... Cuantos capuchones discurrían por el salón, parecían á la pobre niña las personas encargadas de su custodia, y dábanla tentaciones de acercarse, de llamar por sus nombres á las criadas de su casa, pero aquellas pasaban por su lado, la miraban curiosamente y continuaban su camino.

Era imposible permanecer allí en aquella situación sin llamar la atención de los concurrentes... Desalada recorrió todas las dependencias inútilmente... Por fin, rendida, dejóse caer en uno de los divanes del *foyer*, decidida á esperar allí sin moverse... La pobre niña, sola, abandonada, sentía tantos deseos de llorar que, poco á poco, las lágrimas, saltando precipitadamente de sus ojos, corrieron abundantes empapando los encajes del antifaz que cubría su rostro...

Aquel llanto calmó un poco la agitación que la consumía y sin darse cuenta apenas de su situación, mareada por tantas emociones, inclinó la linda cabecita sobre el pecho y se quedó dormida...

Se quedó dormida profundamente en medio de aquel desorden, de aquella gritería espantosa, blandamente arrullada por las suaves melodías de un vals que la orquesta comenzaba á preludiar...

III

Despertó sobresaltada y apenas podía creer que estuviera despierta... Laura pensaba más bien que era presa de una pesadilla cruel...

Diez ó doce jóvenes, poseídos del vértigo, de la locura, reina y señora de estas fiestas, cogidos de las manos y formando corro al rededor de Laura, daban vueltas chillando y gesticulando como energúmenos.

Laura se puso en pié de un salto y rompió á llorar amargamente, diciendo entre sollozos:

— ¡ Abuelita!... ¡ Abuelita!... ¡ Yo quiero ir con mi abuelita...

El estado de aquellos locos no era el más apropiado para fijarse en el llanto de la niña. Creyéndola una vulgar pecadora, redoblaron los gritos, entonando canciones y corriendo vertiginosamente cogidos por las manos, dando saltos, arrojando los sombreros por el aire, atropellándose los unos á los otros...

Laura sufría horriblemente... Se encontraba en un estado imposible de describir... No sabía lo que la pasaba y, llorando amargamente, repetía con la tenacidad de un niño pequeño:

— ¡ Quiero ir con mi abuelita! ¡ Que me lleven con mi abuelita!

Y destrozaba los encajes de su vestido, arrancándolos con rabia, pateando furiosa sobre la alfombra...

De pronto, rompiendo el corro formado por aquellos locos, un joven llegó hasta el sitio donde Laura se encontraba y, cogiéndola de una mano, la sacó de allí... Laura, obediente, se dejó conducir mansamente... Al llegar al vestíbulo fijóse en su acompañante... Era el mismo caballero que, al entrar en el baile, se la había presentado como *Arlequín*... disfrazado de hombre de mundo... La joven, recordando las palabras que aquel la dijera, le preguntó entonces con la ingenuidad más encantadora, mientras enjugaba las lágrimas que surcaban su rostro:

— Diga V... Señor *Arlequín*... ¿ Me lleva V. con mi abuelita? ¿ De veras?...

El *Señor Arlequín*, hondamente impresionado, la consoló dulcemente y condujo á la joven á su casa, llevando la tranquilidad á aquella anciana que no recuerda haber sufrido tanto como la noche de aquel baile...

* * *

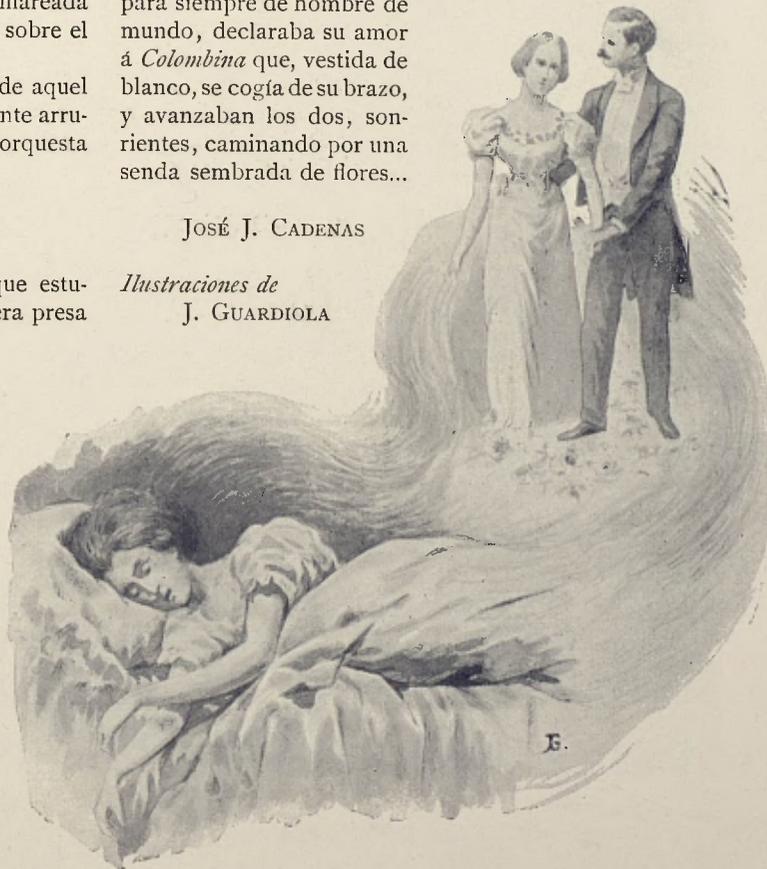
Un rayo de sol penetraba en la estancia de Laura cuando ésta, rendida por las emociones de aquella noche de baile, se quedó dormida.

Las galas que la niña luciera aquella noche, aparecían esparcidas aquí y allá entre los muebles de la habitación... Las blondas, los encajes, la bolsa de los dulces, los guantes, un ramo de flores ajadas ya... un zapatito en medio de la estancia... Era aquel un desorden encantador...

Laura dormía... dormía y soñaba... ¿ En qué?... Soñaba que *Arlequín*, disfrazado ya para siempre de hombre de mundo, declaraba su amor á *Colombina* que, vestida de blanco, se cogía de su brazo, y avanzaban los dos, sonrientes, caminando por una senda sembrada de flores...

JOSÉ J. CADENAS

Ilustraciones de
J. GUARDIOLA





EL EX-PRÍNCIPE DE GALES CON LAS INSIGNIAS DE FRACMASÓN

Des Racontars Illustrés



SS. MM. BRITÁNICAS EL REY EDUARDO VII Y LA REINA ALEJANDRA

Del Black & White



Sátiro

El portero

Guerrero

Febo

Granos y simientes

Ruso

EL CARNAVAL EN BARCELONA

de mediados a últimos del pasado siglo

Una de las notas más características de aquellos carnavales, fueron sin duda los bailes de máscaras que el Taller Rull dió en la platea del teatro del Odeón, con el nombre de bailes de la Paloma. (1) La juventud de entonces, capitaneada por un plantel de jóvenes artistas que alcanzaron posteriormente justa fama, dió con tales bailes á Barcelona, una nota nueva, simpática y alegre, donde el ingenio, el buen gusto y el buen humor rivalizaron á la par que la inagotable fantasía é inventiva humorística para disfrazarse y decorar el local.

Aquella sociedad, domiciliada modestamente en un quinto piso de la calle de Rull, fué la primera que puso de moda en Barcelona el coleccionar antigüedades, convirtiendo el local social en un pequeño museo arqueológico.

Las bromitas con que aquella culta juventud divirtió á nuestros austeros y sencillos burgueses, fueron innumerables, siendo algunas de ellas beneficiosas, puesto que lograron desterrar los muchos disparates que menudeaban en anuncios, letreros y otras manifestaciones públicas de nuestra ciudad.

En el edificio en que hoy está instalada la fonda de San Agustín, había en el primer piso una sala de espectáculos con un pequeño escenario; para el baile, la sala se deco-

(1) Excepto el primero, que se dió en un primer piso de la calle del Conde del Asalto.

raba humorísticamente con verduras, objetos de esparto, papel recortado, etc., formando guirnaldas y plafones, combinando con elegancia formas y colores. La nota culminante eran sin embargo los trajes bien pensados y mejor combinados que la mayoría vestían, improvisados los más, sin que en ellos tuvieran nada que ver sastres ni modistas, para optar á los premios humorísticos que un jurado competente concedía á los que los merecían por cualquier concepto.

El traje ó disfraz era para todos obligatorio, no dispensándose de tal obligación, ni á las autoridades, si intentaban asistir. Esto último, más de una vez, dió lugar á escenas altamente cómicas.

Era casi un deber para todo joven de la buena sociedad, la asistencia al baile y aun para otros que, estando ya en la edad madura, no querían perder la ocasión de echar una cana al aire, viéndose en aquellos bailes gran cantidad de tapadas y encapuchados que nadie supo jamás quienes eran. Bien es verdad que tampoco importaba á nadie el saberlo, puesto que se divertía todo el mundo grandemente, sin llegar jamás á la bacanal ni á la borrachera, dicho sea en honor de sus organizadores y concurrentes. (2)

Algunos de los trajes que allí se vistieron, de las ideas que se realizaron, merecen ciertamente los honores de la publicación, para que no se pierda en absoluto su memoria, como hemos intentado hacer, escuadrinando en nuestros ya borrosos recuerdos de muchacho y remirando algunas pálidas fotografías, memorias de aquel tiempo.

El año 61 se dió el primero de estos bailes y el 64 se celebró el último, con el título de *muerte de la Paloma*. Compárese la viril juventud de aquel tiempo con una parte de la de nuestros días, que tan á maravilla sabe vestir el traje femenino sin avergonzarse de ello.

Otras dos sociedades fundadas en aquel tiempo recogieron la herencia, procurando continuar los bailes carac-

(2) En el café del local se servían gratuitamente chocolates y horchatas á la concurrencia.



Húsar

Chicar

Guerrero

terísticos que el Taller Rull había puesto en boga: fueron estas sociedades el Taller Embut y el Taller Baldufa.

Los celebrados por la primera de estas dos sociedades con el título de Bailes del Gavilán, causaron sensación entonces por el lujo y esplendor con que se llevaron á cabo. A partir del 69, antes del baile del domingo de Carnaval, tenía lugar una lucida Cabalgata. El lujo en ellas desplegado fué extraordinario, eclipsando cuanto se había visto antes. La presentación en ellas de Hernán Cortés, Marco Antonio y Cleopatra, el Príncipe de Gales en la India, y otros personajes, llamó en grande la atención de todo el pueblo de Barcelona, que se había congregado en las calles para presenciar el desfile.

En el adorno de los salones del local social, sito en la calle del Olmo, se empleó asimismo tanto arte y buen gusto, que fué inusitado en Barcelona, no destinando tanto gasto á fiestas reales como se había hecho á principios del siglo XIX y á últimos del anterior, con las visitas de reyes ó príncipes á Barcelona.

Ese taller, desde su fundación, contó con un escogido grupo de artistas, aunque éstos estaban en minoría, pues la masa de los socios la componían jóvenes pertenecientes al comercio y la industria, médicos y letrados. No obstante, la prueba de que todos ellos tuvieron aficiones artísticas, es patente, ya que el Taller Embut, siguiendo el ejemplo del Taller Rull, se convirtió en un valioso museo como hoy no hay otro en Barcelona. En dicho local se instaló también una academia de acuarela, como ya había hecho el Taller Rull, que fué la base del actual Círculo Artístico y que subsistió hasta la disolución de la sociedad.

Fué también la primera asociación que estableció en su local un grandioso Skating-Ring, en el que más de una vez se dieron alegres fiestas, entre ellas una corrida de toreros á media noche. La plaza estaba completamente llena, pues los tendidos laterales tenían el público pintado en la pared, público el más morigerado que hemos visto en plaza de toros, pues no se permitió arrojar ni una naranja, y eso que los toreros lo merecieron. El 78 celebró el último de sus bailes, con el título de «muerte del Gavilán», disolviéndose luego. Algunos de los socios, en el año 81 organizaron una cabalgata y baile, con el nombre de «Sociedad L'Eura». Fué el último chispazo de aquel fuego ya resueltamente apagado.



Cuaresma

Dos Napoleones

Traje de dichos

El Taller *La Baldufa*, sociedad más modesta en sus aspiraciones, siguió también la tradición de dar bailes de máscara con disfraz obligado para ambos sexos, decorando también el local, confiando la dirección de los trabajos á un pequeño grupo de artistas, socios de mérito de dicha sociedad, jóvenes que allí se dieron á conocer, procurando emular á sus maestros que tanto habían hecho en la Paloma y en el Gavilán. *La Baldufa* ocupaba desde el 69 un local ya célebre por los bailes en él celebrados, el de la *Patacada*, en la calle de las Tapias, rival de la Lonja en el primer tercio del siglo XIX. Parece que los bailes de la Patacada fueron, por lo general, más de rompe y rasga que los de la Lonja, á los que asistía la buena sociedad barcelonesa; mas alguna excepción debía tener esta regla, cuando el general Fernández de Córdoba, en sus memorias íntimas, da noticia de un bromazo que dió personalmente al general Espartero, que estaba en el baile acompañado de su esposa y de su ayudante. *La Baldufa* continuó dando bailes hasta el 86, arrastrando lánguida vida hasta su muerte por consunción, pues había pasado su tiempo, y á otros tiempos otras costumbres.

Desde los primeros años de la segunda mitad del siglo, la *Societat del Born*, presidida por el popular alpargatero Sebastián Junyent, y compuesta de vecinos y vendedores del mercado del mismo nombre, dió gran animación al Carnaval de Barcelona, celebrando todos los años fiestas, organizando comparsas y cabalgatas como la titulada *llegada y entierro de S. M. Carnavalesca*, que recorrían el domingo anterior á Carnaval y el martes del mismo respectivamente, gran número de calles de la ciudad, siendo en todas ellas numerosísima, tanto la concurrencia de comparsas como la multitud que acudía á presenciar el curso. La sociedad tenía por lema *Filantropía y Diversió*, y el producto de las cuestaciones que efectuaba se destinaba á fines benéficos. El alma de dicha sociedad fué el joven y malgrado patricio D. Rosendo Arús y Arderiu, creador de la Biblioteca pública del mismo nombre.

Un particular, el célebre Canonge, desde su modesto puesto de limpiabotas (antes de ser conocido como hábil prestidigitador), supo elevarse á personaje durante los tres días del Carnaval, paseando en carroza vestido de rey, y precedido de una ruidosa banda de tambores formada



El decapitado

Joguina de cartró

Mosquetero



Neptuno

Muestra de Chocolatería

Ángel

por los mozos á sus órdenes que, batiendo marcha delante de la carroza ó carro alegórico que ocupaba él, contribuían á aumentar el ruido y algazara característicos en aquel tiempo durante los días del Carnaval.

También nos parece recordar que en el mismo período del 60 al 65, la aristocrática sociedad Círculo Ecuéstre dió en sus elegantes salones un baile de trajes, que resultó de lo más espléndido y brillante.

Cuando se edificó el actual Liceo, la junta de propietarios organizó bailes de máscara, que se daban, como hoy, de Enero á Carnaval, los sábados, excepto el llamado de la Candelaria, que se celebraba invariablemente la víspera de este día. La asistencia á estos, para evitar abusos que se habían hecho patentes antes, en los bailes públicos en que se tomaba la entrada en la taquilla, se hizo por suscripción á todos ellos, para que fueran bailes de socios y propietarios y no bailes públicos. La juventud barcelonesa, tanto la alta como la de la clase media, aceptó con entusiasmo la idea, creyendo con estos bailes eclipsar los que se daban en la célebre Ópera de París en tiempos de Gavarni y Mabilie. La junta, nombró una numerosa comisión de jóvenes de la buena sociedad, con representación en ella de todos los Círculos y Talleres humorísticos de Barcelona, encargada de velar y evitar la entrada de ciertas personas indignas, á juicio de ésta, por su traje ó modales, de alternar con la buena sociedad, sin escluir ciertos elementos indispensables en un baile de máscara. Hace unos treinta años que esta costumbre cayó en desuso. ¡Así anda ello!

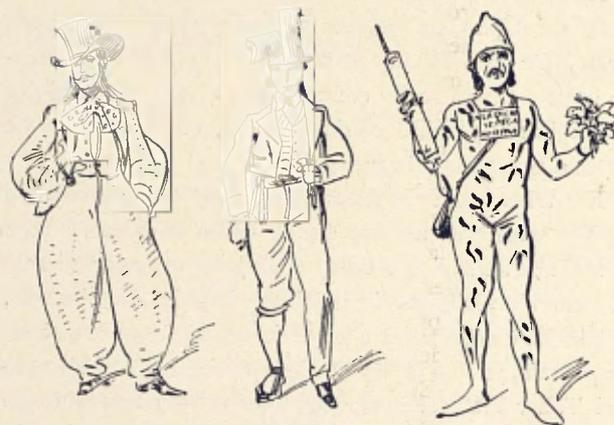
Algunas sociedades lírico-dramáticas como « Julián Romea », « Latorre », « Cervantes » y otras, celebraron también concurridos bailes de máscaras en la platea del teatro Romea, concediendo premios á las señoras ó señoritas que lo merecieran, por la idea ó el buen gusto de los trajes que vestían, sirviendo de invitaciones tarjetas al cromo, en las que se veían elegantes figurines dibujados por Planas, Soler y Rovirosa, Gaspar y Labarta, con lo que consiguieron en gran parte desterrar el llamado traje de *capri-cho*, ó mejor, el vacto de sentido común, y á más, dar cierto carácter peculiar y original á los bailes, por lo que resultaron altamente agradables, con el verdadero estímulo que se notaba por parte de la concurrencia femenina para alcanzar los premios que el jurado se veía verde para otorgar con justicia. ¡Tantas eran las que los mere-

cían: á lo menos así nos lo parece hoy, como exjóvenes y exjurados á 25 años de distancia!

Reunidas más tarde dos de estas sociedades con el único objeto de dar un baile anual en la platea del Gran Teatro, fueron estos de los más concurridos que se han celebrado en el Liceo.

Una empresa particular organizó bailes de niños, hará unos 20 años, en la platea del teatro Principal. Desde el principio se redujo á ellos la única y más simpática nota que queda hoy del Carnaval de Barcelona en el siglo XIX. Hace pocos años se trasladó este baile al teatro de Novedades.

Más tarde, en 1889, el Círculo Artístico organizó un



Un elegante. 1863

Pagés y Senyor

Ninot d'herbolari

espléndido baile de trajes que dió en el teatro Lírico y que, gracias á la comisión que entendió en la elección de las personas que deseaban asistir y la de arreglo del local, resultó una fiesta digna de Barcelona y de la sociedad organizadora. También en este baile el traje de otra época ó de otros países era obligatorio para todos, excepto para las personas mayores de 60 años.

El mismo Círculo, dos años después (por haberlo impedido una epidemia de dengue el siguiente), dió otro baile más espléndido que el anterior. Celebróse éste en el salón de contrataciones de la Lonja, habiendo vencido de un modo brillante las dificultades que naturalmente se presentan siempre cuando sólo se dispone del local horas antes de la indicada para el espectáculo para decorarlo. La decoración, espléndida y lujosa, costó á la modesta sociedad un déficit de cerca 40,000 pesetas, orgulloso y generoso alarde que no logró servir de estímulo para los poderosos, para aprender como debían hacerse estas cosas, como ya antes no había logrado enseñárselo don Evaristo Arnús (Q. E. P. D.).

Hemos de decir que aún por la década del 60 al 70, que tan animados estuvieron los carnavales en Barcelona en el mayor apogeo de la sociedad del *Born*, no era la nota artística la característica en ellos. La afición popular ha sido siempre al disfrazarse, vestirse de mascarón, de mamarracho, de algo extraño y asqueroso, que fuese cómico sin ser pornográfico, en una palabra, de *poca solta*, como decimos en catalán, llegando á veces á provocar la

risa por la originalidad de la idea, especial carácter del genio popular, que más de una vez ha seguido la juventud dorada que debiera haberlo evitado, teniendo en cuenta su educación superior á la del pueblo. Una de las cosas que nos hacen sonreír aun hoy al recordarlas, es la ridícula caricatura del elegante figurín ó tipo creado por el joven dibujante francés Gavarni para las picarescas *grisettes parisiennes* que se llamaba el *Titi*. Nuestra pollería de la clase media lo adoptó, modificándolo á su manera, conservando de él sólo el nombre. La modificación consistió en un pantalón blanco de dril, cuerpo de camisa y gorra de cuartel forrada de tela blanca, adornado todo con lazos de seda de color. Efectivamente, era horrible aunque limpio: casi estamos por decir que preferimos el sucio mascarón. ¡Al menos éste nos hacía reír! ¡Y qué diremos de aquellas interminables comparsas de hombres con camisa de mujer y gorro de dormir, con un farolillo encendido en la mano! De tonterías de este calibre recordamos muchas, que suprimimos en honor á la brevedad y al buen gusto de nuestros lectores.

La tradición artística de las alegres comparsas del siglo XVIII se habría perdido por completo en nuestra ciudad sin los bailes y cabalgatas á que antes nos hemos referido, y que prepararon el terreno para las notables manifestaciones del Círculo Artístico, dignas de la más culta ciudad de Europa, y que fueron, sino otra cosa, muestra del estado de las industrias artísticas de Barcelona para coadyuvar á esta clase de espectáculos, que hon-



Granadero

Mefistófeles

Guerrero galo

ran y enaltecen á las sociedades que los llevan á cabo.

En estos últimos años, otras sociedades humorísticas, las tituladas *Niu Guerrer* y *Antichs Guerrers*, contribuyeron por su parte á animar el Carnaval barcelonés, organizando comparsas, cabalgatas y otros festejos con vis cómica y cierto instinto artístico, del que en general tan faltada está Barcelona; por este concepto son de alabar los esfuerzos hechos por ambas sociedades en pro de nuestra ciudad, intentando reanimar su decaído Carnaval.

El 97 una nueva sociedad carnavalesca trató también de reanimarle, mas, sea por falta de medios materiales ó por no haber suficientemente preparado el terreno, hizo fiasco tan laudable esfuerzo, cabiendo igual suerte á otra que el último año del siglo intentó lo mismo, aun con

menos medios que la anterior. Por lo que nos ocurre preguntar: ¿Es que la generación actual no gusta de divertirse como lo hicieron sus padres, ó es que, creyéndose más seria y formal, desdeña y le repugna rendir tributo á la tradición en este particular?

La rúa ó paseo de carruajes se celebraba durante las tardes de los tres días por la Rambla, con más razón que ahora, pues entonces no existía el Parque, y el paseo de Gracia era sólo un paseo sin edificios á ambos lados. Se introdujo aquí, por los años 60 al 62, la costumbre de arrojar cáscaras de huevo rellenas de harina desde algunos de los vehículos que transitaban á los balcones, y viceversa.

La animación en el paseo central era extraordinaria y las risotadas de la multitud que lo poblaba, servían de aplausos al buen tirador que daba en el blanco y para enardecer á los combatientes... mas, como los proyectiles costaban á una peseta la docena, y no todos, entonces como hoy, la tenían, proporcionáronse pronto de otra clase, como patatas y piedras, y entonces la alegre batalla de los primeros años degeneró en riña, en la que se repartieron garrotazos y silletazos, causando algunas contusiones y la rotura de muchos vidrios. Y así, tristemente, acabó la broma que á tan poca costa había divertido al público de buena fe que asistía á la Rambla.

Sólo queda hoy del pasado siglo, como hemos dicho, el baile «Paré et Travesti», que se da en la platea de Novedades, y el de niños, en el mismo local, la tarde del jueves lardero; para terminar, pues viene por la mano, nos permitiremos dar un consejo á las señoras mamás de los hermosos niños que asisten al baile disfrazados.

Creemos debería haber pasado ya la época de copiar, para vestirles, la obra de la temporada; basta, por Dios, de Ottelos y Viejecitas, Cabos primeros y Chulas: recuérdese que siempre y en todos los países ha habido niños que han vestido sus trajes propios, y, finalmente, que su tierno cutis y risueña cara debe ser algo sagrado para todos, para que nadie se atreva alevosamente á pegarles con barníz, crepée en forma de bigote y patillas, que es un martirio para los pobres niños, digno de ser inventado por un inquisidor, y á más, un adefesio repugnante para todas las personas de buen gusto.

L. LABARTA



Dignatario persa

Mono

Pollo pelado

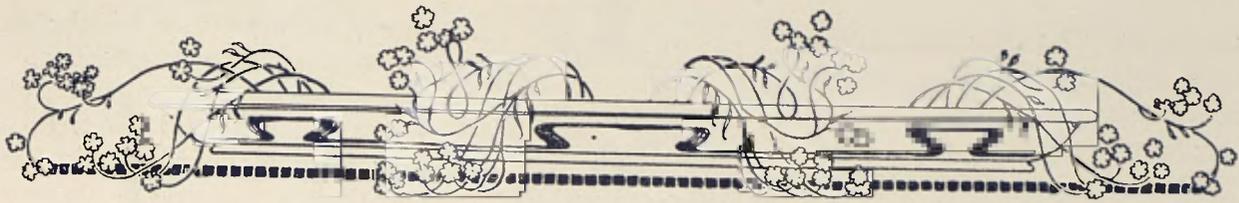


García Valencia, fot.

DON BENITO PÉREZ GALDÓS

EMINENTE NOVELISTA Y AUTOR DEL DRAMA «ELECTRA» ESTRENADO RECIENTEMENTE EN MADRID





ARTE ANTIGUO

JARRA DE BRONCE DEL SIGLO XV

De la Edad Media conservamos muchas antigüedades de carácter religioso y litúrgico; pero de carácter profano, objetos destinados á cualquiera de los diversos usos de la vida civil, pocos son los que han llegado hasta nosotros. Por otra parte, los bronce de aquellos tiempos son raros, al contrario que los de tiempos y civilizaciones más remotas, como son las de Grecia y el Lacio. De suerte, que por su mérito arqueológico y por su materia, es importante el objeto que motiva estas líneas. Se contó entre las escogidas piezas del Gabinete de Antigüedades de la Biblioteca Real, de la cual pasó al Museo Arqueológico Nacional, donde se conserva.

Basta examinar este curioso bronce, para comprender que es una de las pocas jarras de metal, representando figuras fantásticas y destinadas por los siglos XIII y XIV á calentar el agua ó contenerla caliente, para lavarse las manos en la mesa, y tal vez para facilitar en ésta á personas delicadas, el poder beber agua templada. Estas jarras, *aquamane*, que las llamaban los franceses, eran fabricadas en Flandes y en Alemania. Víctor Gay, que se ocupa de ellas en su *Glossaire Archéologique*, pág. 39, no cree que se emplearan para el agua caliente; apoyándose en un inventario de la iglesia de San Martín de Maguncia, del año 1252, pretende demostrar que la mayor parte de esos objetos, de cobre ó de bronce, pertenecen al mueblaje eclesiástico, y que no se emplearon, como los platos esmaltados llamados *gemellions*, al servicio de los altares, sino que tenían su lugar marcado en las sacristías, para las abluciones. He aquí el texto del citado inventario: *Erant urcei diversarum formarum quos manilia vocant, eo quod aqua sacerdotum manibus funditur ex eis, argentei, quedam habentes formam leonum, quedam draconum, avium et griffonum vel aliorum animalium quorumcumque.* Pero es lo cierto que ni este texto, ni el exámen de los objetos mismos, se opone á que en la Edad Media, como hoy, el jarro del lavabo



doméstico y el del aguamanil eclesiástico participen de la misma forma, por tratarse de un uso corriente en la iglesia y fuera de ella.

Si nos fijamos en la jarra que motiva estas líneas, luego se advierte que las paredes de su receptáculo son delgadas, y, en cuanto á la capacidad, calcúlese por el tamaño total del objeto, que mide de alto 0'36 metros. El bronce es de color obscuro, casi negro, dorado por las partes salientes que abrigó el roce. En cuanto á su forma, representa un ser híbrido, un centauro; pero aquí el cuerpo humano no es aquel de torso desnudo semihércúleo que nos representó la Mitología: es el de un músico, vestido de jubón y pulsando una especie de violín, que forma el pitón de la jarra. El asa de la misma es otra figura, de mujer, al parecer una juglaresa, vestida de luenga ropa, por bajo de cuya orilla asoman las agudas puntas de sus zapatos, y con toca y joyel al cuello. Apoya los pies en la grupa del bruto y la cabeza en la espalda del hombre, manteniendo el cuerpo arqueado, como si hiciese titeres al compás de la música. Falta la tapadera del vaso, que acaso fué un birrete, cuyo borde coincidiese con la cinta que ciñe la melena del violinista. Como se ve, estas imágenes ninguna relación tienen con la Iconografía eclesiástica, aunque en ésta se hallen no pocas fantasías.

Hemos dicho que esta clase de objetos son raros, y, por lo mismo, vale la pena de mencionar sus semejantes.

El más antiguo de que tenemos noticia, es uno que reproduce C. Drury E. Fortnum, en su obra *Bronzes (South Kensington Museum Art handbooks)*: representa un león, con un hombre desnudo, caballero en él. Es pieza de trabajo alemán, clasificada como del siglo x, y no será ciertamente muy posterior, á juzgar por lo bárbaro de su estilo. El conocido y magnífico *Catalogue* (t. IV, planch. I y II,) ilustrado de la colección Spitzer, contiene las reproducciones y noticias de cinco ejemplares, bajo el nombre de «coquemar» del latín *cucuma* (escalfador ó jarra para calentar agua), los cinco de latón y dorados, pertenecientes á los siglos xii y xiii. El más curioso de estos utensilios es uno en que un hombre puesto á gatas sostiene á una mujer sentada, representación tomada del poema cantado por los trovadores bretones *Le lai d'Aristote*. Otro figura un león y otro una sirena. Los otros dos, que son los posteriores en fecha, representan, el primero un león y el segundo un caballo, con un lagarto por asa. Son todos ellos piezas excelentes y en tres hay un largo pitón con su llave, que convierte las tales jarras en utensilios parecidos á la moderna cafetera. Ignoramos á qué museo ó coleccionista fueron



á parar, en la venta de la colección Spitzer, estas interesantes piezas.

Cronológicamente, hay que colocar después las que hace pocos años poseía ya el Museo de Cluny, en París. Son tres: la primera, del siglo xiv, de cobre repujado y grabado, formada por una cabeza de hombre, con un animal quimérico por asa y en el pecho un escudo con las lises de Francia. Las otras dos son de bronce, una en forma de caballo fantástico, de trabajo alemán, de principios del siglo vi; otro en figura de unicornio, con una quimera por asa y de la misma centuria.

El citado compilador, Gay, reproduce tres ejemplares: uno del siglo xiv, con una mujer sentada sobre un hombre (*Le lai d'Aristote*), de la colección Chabrieres de Arlés; un grifo, del siglo xv, de la misma colección, y, por último, un hermoso león, del siglo xv.

En antiguos inventarios se hace mención de preciosas jarras figurativas. Por ejemplo y por lo que hace á Francia, en el testamento de Juana de Borgoña (1353), en el inventario de las joyas de Luis, duque de Anjou (1368), y en el de Carlos V (1380); pruebas evidentes de que estas jarras eran también, si no lo eran con preferencia, utensilios del ajuar doméstico.

Deben examinarse estos objetos y en particular el que reproducimos, desde un punto de vista que acaso es el principal. Viollet-le-Duc hace sobre este propósito una observación muy acertada y profunda. Al hacerse cargo de esas figuras de animales y de monstruos con cabeza humana, dice así: «El mismo gusto se halla en todos los pueblos en una cierta época de sus artes, desde los egipcios hasta la Edad Media». No esplana la idea, pero claramente se ve la referencia al hieratismo oriental y al arcaísmo griego, que dieron vida á esfinges, centauros, harpías, tritones y tantos otros monstruos, que la Edad Media reprodujo y fantaseó, y que son en ella respecto del arte moderno lo que los tipos originales respecto del antiguo arte clásico: meros vocablos del lenguaje simbólico que precede al lenguaje claro y corriente de la Edad de oro. El centauro es una de esas creaciones mitológicas que se siguió reproduciendo en los siglos medios. En no pocas orlas de códices aparecen centauros, que podríamos llamar demoniacos, pues en las tenebrosas regiones por las cuales volaba la fantasía de los artistas de entonces, esas imágenes paganas monstruosas se confunden con los demonios y ellos las acomodan á la representación de los mismos. Otras veces, como en la presente jarra, es simplemente un elemento decorativo.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA



CARLOS VAZQUEZ.—PIERRETTE



Instituto Provincial de Logroño, inaugurado con la fiesta de los Juegos Florales

Firmes en nuestros propósitos de estimular toda manifestación noble que tienda á perfeccionar la cultura de nuestro país, publicamos hoy algunos grabados referentes á la última fiesta de los «Juegos Florales» celebrada en Logroño. Tanto el grupo de la Corte de amor y los mantenedores de la poética fiesta, como la vista del Instituto Provincial de aquella ciudad, donde se celebró, creemos que tendrán interés suficiente para que sean bien recibidos por los lectores de HISPANIA. Igualmente esperamos que será vista



D. SALVADOR ARAGÓN

poeta premiado en los Juegos Florales, y Presidente de la Diputación Provincial

con gusto la publicación del retrato del poeta Don Salvador Aragón, así como la de su «Sátira moral» distinguida con el premio de honor y cortesía en dicho certamen, que fué organizado y celebrado en honor del eminente hombre público D. Práxedes Mateo Sagasta. Como nuestros lectores podrán juzgar por si mismos de los méritos que reúne la poesía del Sr. Aragón, nos abstenemos de hacer de ella el elogio que se merece por el sentimiento que la inspira, por la galanura de su forma y por la brillantez de sus pensamientos.



Grupo de la Corte de amor, mantenedor é iniciadores de los Juegos Florales



REGENERACIÓN

SÁTIRA MORAL

POESÍA PREMIADA CON LA «FLOR NATURAL» EN LOS JUEGOS FLORALES DE LOGROÑO

¿ Por qué tanto atronar nuestros oídos
con palabra que á diario nos mancilla ?
¿ Es España una pátria de bandidos ?
Pues, aunque fuera así, callar nos toca,
que á nadie vi azotarse en su mejilla
ni deshonrarse con su propia boca.
Hora es ya de arrojar nueva semilla,
SURSUM CORDA; elevad los corazones,
que Dios ensalza al pueblo que se humilla.
Fuertes ó humildes, viven las naciones,
si la paz y el trabajo son su lema
y en la honradez se inspiran sus acciones.
Olvidemos nuestro épico poema.
No nos ofusque la pasada gloria,
que la blanca ceniza ya no quema.
Cerremos el gran libro de la historia;
sea de hoy más modesto nuestro vuelo
y á conquistar la nueva ejecutoria.
En la labor de nuestro fértil suelo,
en explotar cuanto en su seno encierra
y en sacar los tesoros del subsuelo:
esa ha de ser nuestra incruenta guerra.
Comience con el siglo esta cruzada:
para vencer á nuestra madre tierra,
sean moderno arado y vieja azada
las armas que han de usarse en la pendencia
en lugar del fusil y de la espada.
En el hermoso campo de la ciencia
ponga la nueva España su esperanza
y borrará el desastre en su conciencia
¿ Por qué ha de amilanarnos la mudanza ?
¿ brios no tiene aun el pueblo hispano
para mostrar de nuevo su pujanza ?

¿ Que ayer fué omnipotente soberano
y hoy su fuerza y dominios ha perdido ?
Flujo y reflujo del poder humano
al cual tan fuertemente se halla unido
como se hallan placeres y dolores
en lo que es y será y en lo que ha sido.
¿ Quién duda que vendrán tiempos mejores,
si vuelve á renacer la fe cristiana,
esa fe que inspiró á nuestros mayores ?
Y aquella caridad, luz meridiana,
verbo divino, celestial venera,
orgullo un tiempo de la tierra hispana.
Vuelva aquella igualdad, la verdadera,
que obedece al virtuoso y sigue al sabio,
la que enseñó Jesús por vez primera.
No esa igualdad que no pasó del labio,
falsa fraternidad populachera
que no perdona ni el menor agravio.
Dejad esa mania asaz ligera
de imitar lo peor del extranjero,
que antes nadie en España la sintiera.
El pueblo más sencillo es más entero.
Respeto al superior, sea quien fuere,
eso es lo que hace falta al pueblo ibero.
Una nación que no obedece, muere.
La ley que fiel se observa es soberana :
cuanto más se respeta, más se quiere.
Paz, trabajo, honradez y fé cristiana
son la base, el firmísimo cimiento,
en que hemos de asentar la patria hispana.
No nos domine mujeril lamento:
PLUS ULTRA; España vivirá con gloria
mientras el sol alumbre el firmamento.



J. BORRI.—EL ÚLTIMO BAILE